

SEGUNDA PARTE

**Consagración a la Inmaculada:
En el corazón de la Trinidad, con la mirada fija en Cristo**

Lecturas de los escritos de San Maximiliano Kolbe

El don de la Madre, el confiarnos y consagrarnos a María, nuestra pertenencia a Ella, son en sí mismos un don de la Santísima Trinidad.

El Padre revela todo su amor por nosotros en el sacrificio del Hijo en la Cruz. El Espíritu hace vivo y presente el don de Cristo crucificado. El amor que el Padre manifestó en Cristo nos es ofrecido por el Espíritu Santo, que permanece para siempre en la Iglesia.

También la maternidad de María, por tanto, nos es ofrecida por el Espíritu Santo. Como su maternidad física es obra del Espíritu ("Lo que en ella ha sido concebido proviene del Espíritu Santo"), así su maternidad espiritual proviene del Espíritu Santo.

Luego es un don de la Trinidad, pero también se refiere a la Trinidad. La consagración a María tiene a la Trinidad como meta y como referencia última, porque toda la vida cristiana está relacionada con la Trinidad. María misma está totalmente relacionada con la Trinidad:

"Ella es la Madre del Hijo de Dios, la hija predilecta del Padre, el Templo del Espíritu Santo" (LG 53).

A San Maximiliano le importaba mucho la dimensión trinitaria de la consagración a María, porque todo lo que le sucedió a María es obra de la Santísima Trinidad. María vivió una experiencia única de la acción de la Santísima Trinidad en su vida en el momento de la Anunciación:

"Dios Uno y Trino miró la bajeza de su esclava y 'Aquel que es poderoso' obra en ella 'cosas grandes'. Dios Padre le confía, como a un hijo, a su propio Hijo, Dios Hijo entra en su seno, mientras el Espíritu Santo moldea el Cuerpo de Cristo en el seno de la Virgen purísima. Y el Verbo se hizo carne" (Jn 1,14). La Inmaculada se convierte en Madre de Dios. Cristo, Dios-Hombre, es fruto del amor de Dios Uno y Trino y de María Inmaculada" (EK 1295).

Es importante comprender que, a la luz de las consideraciones del Padre Kolbe, la profunda relación entre María y la Trinidad es la razón por la que nuestra consagración a Ella implica iniciar un itinerario que nos conduce al encuentro con la Santísima Trinidad.

María concibió por el Espíritu Santo y en su vida fue siempre dócil a la acción del Espíritu.

La consagración/encomienda a María, por tanto, se convierte en confianza en la Presencia divina. En el Espíritu Santo, María cuida de mí, de nosotros, del mundo. Mi vida y la del mundo están en buenas manos. En manos del Espíritu, en primer lugar, y de esta Madre, que ejerce su maternidad por el Espíritu Santo. Es el Espíritu quien asocia a María a Sí mismo en la obra de la santificación de los hombres. La "maternidad en el orden de la gracia" (LG 61) que María ejerce en la Iglesia es en el Espíritu Santo. También hoy, como aquel día al pie de la Cruz, recibimos el don de esta maternidad gracias al Espíritu Santo, como ya hemos señalado.

María, por su parte, desde el momento de la Anunciación, fue siempre dócil a la acción del Espíritu. San Lucas subraya una actitud habitual de María que "atesoraba todas estas cosas en su corazón..." (Lc 2,19.51). María lo realizó en el Espíritu Santo, en Quien el Verbo está vivo. La primera actitud para vivir nuestra consagración a María es precisamente la escucha de la Palabra en total disponibilidad, confianza, entrega al Espíritu.

ITINERARIO DE PREPARACIÓN PARA LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA EN EL ESPÍRITU DE SAN MAXIMILIANO KOLBE

"Déjate conducir... por el Espíritu Santo. Déjate conducir por el Espíritu Santo a través de la Inmaculada" (EK 987 C), como recordaba San Maximiliano, en un texto que habla de la consagración a María como entrega en manos de María y docilidad a la obra que el Espíritu realiza en nosotros a través de ella.

María es la hija predilecta del Padre, como está escrito en el texto del Concilio Vaticano II. Vemos en ella el plan plenamente realizado de Dios para sus criaturas: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... Él nos eligió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha ante Él en el amor, habiéndonos predestinado para la adopción de hijos por Jesucristo para Sí", como escribe Pablo en la epístola a los Efesios (1,3-5). En este sentido, María es la hija predilecta del Padre, porque Él realizó ante todo en ella el sueño que tenía para todos nosotros, haciéndola santa e inmaculada en el amor. Contemplando este misterio San Maximiliano escribió que: "La Inmaculada es... el límite último entre Dios y la creación. Ella es imagen fiel de la perfección de Dios, de su santidad" (EK 1232). La vida de María está bajo el signo del amor gratuito del Padre desde el comienzo de su existencia. María siente toda su intensidad cuando con asombro agradecido y cantando a su Dios exclama: "Se ha acordado de la humildad de su sierva" (Lc 1, 48). Este océano de amor que la inunda desde el primer instante de su concepción se convierte en un río de amor que crece en el seguimiento de su propio Hijo, y que alcanzará su punto culminante bajo la Cruz. Allí, al pie de la Cruz y conformada con su Hijo en el amor (Flp 2, 5), acoge a todo hombre por el que Él se ofrece y al que le pide que abrace como a un hijo.

De esta actitud de amor y aceptación de la maternidad de María, surge otra actitud fundamental para vivir nuestra consagración a la Inmaculada: el amor. Es el amor el que nos conforma, como a Ella, con su Hijo.

Con la mirada fija en Cristo

María es especialmente la **Madre de Dios**, y entonces en esta entrega/consagración a Ella es esencial la relación con Cristo. Ya lo vimos en la reflexión anterior, pero ahora volvemos a ello, porque es muy importante.

El objetivo de la consagración a María es el crecimiento en la fe en Cristo Señor.

María es totalmente relativa a Cristo. Las palabras que María dijo a los criados en Caná son las palabras que repite a cada uno de nosotros: "Haced lo que Él os diga" (Jn 2,1-12).

María hizo primero lo que Jesús dijo. En su vida encontramos el modelo cumplido del discípulo del Señor: "Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica" (Lc 8,21). Jesús señala la vida de María como una vida plenamente conforme a su Palabra. María, por esta íntima unión con toda la vida del Hijo, en obediencia a la voluntad del Padre, nos invita a volver nuestra mirada hacia Él. Ella nos recuerda que Él es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6). Ese "Haced lo que Él os diga" es su propia participación en una experiencia de vida que se realiza al servicio del amor a Cristo; de una vida que encuentra su sentido en la conformidad con Él y que experimenta existencialmente la unión del sarmiento a la vid (Jn 15, 1 ss.).

María expresa su maternidad hacia nosotros mostrándonos al Hijo, deseando nuestra conformidad con Él. San Maximiliano nos recuerda que María aspira a que alcancemos la estatura de Cristo. Quiere que resplandezcamos con su belleza.

Por tanto, la consagración a María no es sólo una devoción, una idea, sino un camino de conformidad con Cristo. Significa caminar con María hacia Cristo, centrando cada vez más nuestra vida en Él. De ahí surge un compromiso de vida: la comunión con Cristo y la conformidad con Él hasta el don de nosotros mismos, como hizo San Maximiliano. En él se hicieron realidad las palabras más desafiantes del Evangelio: el amor a los enemigos y, sobre todo, el amor más grande: "dar la vida por los amigos" (Jn 15,13), que es exactamente lo que Jesús hizo por nosotros en la Cruz.

La consagración a María, tal como la enseñó San Maximiliano Kolbe, es una experiencia centrada en Cristo. No está centrada en María, sino en Cristo, como subrayó Pablo VI en la homilía de la beatificación del P. Kolbe el 7 de octubre de 1971:

ITINERARIO DE PREPARACIÓN PARA LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA EN EL ESPÍRITU DE SAN MAXIMILIANO KOLBE

"Maximiliano Kolbe fue un apóstol de la veneración de la Santísima Virgen, vista en su primer y original esplendor privilegiado, como ella misma se definió en Lourdes: la Inmaculada Concepción. Es imposible separar el nombre, la actividad y la misión del Beato Kolbe de la de María Inmaculada. Fue él quien instituyó la Milicia de la Inmaculada aquí en Roma, incluso antes de ser ordenado sacerdote, el 16 de octubre de 1917. Hoy podemos conmemorar su aniversario.

"Es bien sabido cómo el humilde y manso franciscano, con increíble audacia y extraordinario genio organizativo, desarrolló la iniciativa y difundió la devoción a la Madre de Cristo, contemplada como 'vestida del sol' (cf. Ap 12,1). Esta devoción fue el punto central de su espiritualidad, su apostolado y su teología.

"Que ninguna vacilación frene nuestra admiración y adhesión a todo lo que nuestro nuevo Beato nos ha dejado como herencia y ejemplo, como si también nosotros desconfiáramos de semejante y exaltación de María a la vista de otros dos movimientos teológicos, el cristológico y el eclesiológico, que parecen competir hoy con el mariológico. Por el contrario, no hay competencia, pues en la mariología del Padre Kolbe, Cristo ocupa no sólo el primer lugar, sino el único lugar necesario y suficiente en la economía de la salvación. Su amor a la Iglesia y a su misión salvífica nunca se olvidó ni en su perspectiva doctrinal ni en su objetivo apostólico. Al contrario, todas las prerrogativas y grandezas de la Virgen derivan precisamente de su papel complementario y subordinado respecto al designio salvífico universal de Cristo sobre el hombre.

"¡Qué bien lo sabemos! Y Kolbe, de acuerdo con toda la doctrina católica, toda la liturgia y toda la teología de la vida interior, ve a María incluida en el plan de salvación de Dios como el 'término fijado por el consejo eterno', como la mujer llena de gracia, como la Sede de la Sabiduría, como la mujer destinada desde la eternidad a ser la Madre de Cristo, como la Reina del Reino Mesianico, y al mismo tiempo como la Sierva del Señor, elegida para participar en el Acto Redentor como Madre del Dios Hombre, nuestro Salvador. María es aquella por cuya intercesión los hombres llegan a Jesús y aquella por cuya intercesión Jesús llega a los hombres" (L. Bouver: El trono de la Sabiduría, p. 69).

"Por tanto, no hay que reprochar a nuestro Beato, ni a la Iglesia con él, su entusiasmo por la veneración religiosa formal de la Madre de Dios. Esta veneración, con sus ritos y prácticas, nunca alcanzará plenamente el nivel que merece, ni los beneficios que puede aportar, precisamente a causa del misterio que la une a Cristo, y que encuentra una documentación fascinante en el Nuevo Testamento. El resultado nunca será una "mariolatría", del mismo modo que el sol nunca será oscurecido por la luna; ni la misión de salvación específicamente confiada al ministerio de la Iglesia se verá jamás distorsionada si ésta honra en María a una Hija excepcional y a una Madre espiritual. El aspecto característico, si se quiere, y la cualidad original de la devoción del Beato Kolbe, de su "hiperdulía" a María, es la importancia que le atribuye con respecto a las necesidades actuales de la Iglesia, la eficacia de su profecía sobre la gloria del Señor y la vindicación de los humildes, el poder de su intercesión, el esplendor de su ejemplaridad, la presencia de su caridad maternal. El Concilio nos confirmó en estas certezas, y ahora, desde el cielo, el Padre Kolbe nos enseña y nos ayuda a meditarlas y a vivirlas. Este perfil mariano de nuestro nuevo Beato lo sitúa entre los grandes santos y videntes que han comprendido, venerado y cantado el misterio de María".